





El 68 uruguayo

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector  
Gustavo Eduardo Lugones

Vicerrector  
Mario E. Lozano

Vania Markarian

# EL 68 URUGUAYO

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL  
ENTRE MOLOTOVS Y MÚSICA BEAT



Universidad  
Nacional  
de Quilmes  
Editorial

Bernal, 2012

*La ideología argentina y latinoamericana*  
Colección dirigida por Jorge Myers

---

Markarian, Vania

El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat.  
- 1a ed. - Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2012.  
168 p. : il. ; 23x15 cm. - (La ideología argentina / Oscar Terán)

ISBN 978-987-558-240-8

1. Historia Política. 2. Movimientos Estudiantiles. I. Título

CDD 320.9

---

Foto de tapa: Manifestantes hacen frente a los gases lacrimógenos en las inmediaciones de la Facultad de Medicina y el Palacio Legislativo, 5 de septiembre de 1968. Sin datos de autor. Fondo Privado *El Popular*, Centro Municipal de Fotografía, Montevideo.

Diseño: Hernán Morfese

© Vania Markarian, 2012

© Universidad Nacional de Quilmes. 2012

Universidad Nacional de Quilmes  
Roque Sáenz Peña 352  
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires  
República Argentina

<http://www.unq.edu.ar>  
[editorial@unq.edu.ar](mailto:editorial@unq.edu.ar)

ISBN: 978-987-558-240-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

# ÍNDICE

Agradecimientos .....	11
Introducción .....	13
<b>Capítulo I. Las movilizaciones</b> .....	37
1. Los estudiantes en la calle .....	37
2. Coordenadas de un ciclo de protesta .....	46
3. Sobre la violencia .....	56
<b>Capítulo II. Las discusiones</b> .....	65
1. Las gremiales y el movimiento .....	65
2. Las izquierdas y los estudiantes .....	75
3. Vías y paradojas de la acción revolucionaria .....	88
<b>Capítulo III. Las expresiones culturales</b> .....	99
1. Místicas militantes .....	99
2. Culturas juveniles .....	113
3. Más tonos y matices .....	128
<b>Conclusión. 1968 y la emergencia de una “nueva izquierda”</b> .....	141
<b>Fuentes</b> .....	149
<b>Índice de nombres</b> .....	161





# SIGLAS

AEBA: Asociación de Estudiantes de Bellas Artes  
AEMM: Asociación de Estudiantes de Magisterio de Montevideo  
AGE: Acción Gremial Estudiantil  
ALALC: Asociación Latinoamericana de Libre Comercio  
AREA 3: Asociación Revolucionaria Estudiantil de Arquitectura  
CDC: Consejo Directivo Central de la Universidad de la República  
CELAM: Consejo Episcopal Latinoamericano  
CESU: Coordinadora de Estudiantes de Secundaria del Uruguay  
CEUTU: Coordinadora de Estudiantes de UTU  
CIDE: Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico  
CNT: Convención Nacional de Trabajadores  
DNII: Dirección Nacional de Información e Inteligencia  
FAI: Frente de Acción Independiente  
FAU: Federación Anarquista Uruguaya  
FER: Frente Estudiantil Revolucionario  
FEUU: Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay  
FIDEL: Frente Izquierda de Liberación Nacional  
FMI: Fondo Monetario Internacional  
GAU: Grupos de Acción Unificadora  
HDP: *Los Huevos del Plata*  
IAVA: Instituto Alfredo Vázquez Acevedo  
IPA: Instituto de Profesores Artigas  
MAPU: Movimiento de Acción Popular Unitaria  
MIR: Movimiento de Izquierda Revolucionaria  
MLN-T: Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros  
MNDLP: Movimiento Nacional de Defensa de las Libertades Públicas  
MRO: Movimiento Revolucionario Oriental  
MUSP: Movimiento de Unificación Socialista Proletaria  
OCLAE: Organización Continental Latinoamericana de Estudiantes  
OLAE: Organización Latinoamericana de Estudiantes  
OEA: Organización de Estados Americanos

OLAS: Organización Latinoamericana de Solidaridad  
PCU: Partido Comunista Uruguayo  
PDC: Partido Demócrata Cristiano  
PRI: Partido Revolucionario Institucional (México)  
PS: Partido Socialista  
PSP: Programa de Seguridad Pública  
ROE: Resistencia Obrero Estudiantil  
Udelar: Universidad de la República  
UJC: Unión de Juventudes Comunistas  
UP: Unión Popular  
UTAA: Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas  
UTU: Universidad del Trabajo del Uruguay

## AGRADECIMIENTOS

Convivo con este proyecto desde 2004, cuando una beca del Fondo Clemente Estable, que dependía entonces del Consejo de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICYT), me permitió volver a instalarme en Uruguay luego de culminar mis estudios de doctorado en Estados Unidos. Vuelvo a agradecer desde ese remoto comienzo a José Pedro Barrán por su apoyo en cada instancia de mi carrera académica.

Unos años más tarde, aquella primera preocupación por las relaciones entre juventud, izquierda y contracultura encontró un espacio inesperado en el proyecto que armamos con Jaime Yaffé, Aldo Marchesi, Gabriel Bucheli y Felipe Monestier sobre “Violencia política en Uruguay, 1959-1973”, con apoyo del mismo Fondo Clemente Estable, ahora bajo la égida de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII). Los comentarios de mis colegas del equipo (en especial las horas de charla y las lecturas críticas de mis amigos Aldo y Jaime), así como los aportes de José Rilla y Gerardo Caetano, fueron esenciales en esa etapa que dio origen al primer manuscrito de este libro.

Versiones parciales de mi trabajo se beneficiaron de las atentas lecturas de Magdalena Broquetas, Hugo Achugar y Eric Zolov en las “Segundas Jornadas de Historia Política” del Instituto de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales (Montevideo, 2008), en las “Jornadas de reflexión académica a propósito del 35º aniversario del golpe de Estado en Uruguay” (Montevideo, 2008) y en LASA2010 (Toronto, 2010), respectivamente. Otras instancias importantes de discusión de avances de la investigación fueron las “Tuesday Luncheon Seminar Series” del Program in Latin American Studies de Princeton University, donde pasé un fructífero semestre de 2008 como profesora invitada; una reunión del Núcleo Memoria del IDES (Buenos Aires) en octubre de 2008; las “Terceras Jornadas sobre Partidos Armados en la Argentina de los Setenta”, de la Universidad Nacional de San Martín (Buenos Aires) a comienzos de 2009; el taller “Recordar para pensar” organizado por la Universidad de Chile y la Fundación Heinrich Böll (Santiago de Chile) en abril de ese año, y el “Tercer Congreso Uruguayo de Ciencia Política” (Montevideo) en octubre de 2010.

Algunos de esos textos llegaron a publicarse y recibieron valiosos comentarios de los lectores anónimos de las revistas *EIAL* y *Secuencia*, en 2010 y 2011.

Quiero también agradecer las lecturas y opiniones de Jeremy Adelman, Laura Ehrlich, Gabriel Lagos, Gerardo Leibner y Adriana Petra a diversas porciones y en diferentes estadios de la investigación. Mi amiga Isabella Cosse leyó la totalidad del trabajo y me acercó sus siempre agudas observaciones.

Luis Alberto Romero fue el primero en sugerir que este libro podría tener un público en Buenos Aires.

El interés y la cordialidad de Jorge Myers y el equipo de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, especialmente Rafael Centeno, lo hicieron posible.

Los funcionarios de la Biblioteca Nacional, la Biblioteca de la Facultad de Derecho (Udelar), el Centro de Estudios Interdisciplinarios de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Udelar) y del Centro Municipal de Fotografía, todos en Montevideo, me ayudaron en el rastreo de fuentes. Las dificultades para acceder a los documentos de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia (DNII) del Ministerio del Interior de Uruguay merecen una mención especial, con la esperanza de que algún día, no muy lejano, estén disponibles al público en condiciones claras y seguras.

Joshua Frens-String me hizo llegar varios documentos encontrados en sus propias investigaciones en la National Archives and Records Administration (NARA), College Park, Maryland.

Algunas entrevistas y comunicaciones personales me aportaron valiosos datos y testimonios. Por eso quiero agradecer el tiempo que me dedicaron Clara Aldrighi, Rodrigo Arocena, Horacio Buscaglia, Roberto Markarian y Clemente Padín. Además de compartir sus recuerdos y precisas informaciones, Gonzalo Varela tuvo la generosidad de leer una versión completa del texto que ahora presento y ayudarme a mejorarlo.

En la última lista, la de agradecimientos personales, quiero volver a mencionar a mi padre, Roberto Markarian, por su apoyo y estímulo permanentes.

Agrego a mi madre, Leny Durán, por su tranquila presencia, por acompañarme siempre.

Y termino el registro somero de mis deudas con Leandro y Juana Delgado que saben por qué aunque no se los diga, pero tienen motivos especiales de invocación en este libro: gracias, entonces, a Leandro por la música *beat* (y las lecturas) y a Juana por su tan campante rebeldía.

# INTRODUCCIÓN

En la década de 1960 una generación de jóvenes latinoamericanos se inició en la vida política desde una visión heroica de la militancia que convivió, muchas veces de forma conflictiva, con la difusión de una serie de nuevas pautas culturales proveniente de sus coetáneos de Europa y Estados Unidos. Este trabajo parte de un interés por el efecto que esas ideas y prácticas de circulación global sobre el significado de “ser joven” tuvieron en la conformación de identidades políticas a nivel local. Me interesa especialmente analizar las vinculaciones que se establecieron entre algunas representaciones de la juventud y las posiciones de los diferentes sectores de la izquierda en torno a los requerimientos de la lucha revolucionaria. Es claro que la asociación entre militancia de izquierda y violencia política no fue una novedad de los sesenta ni se restringió entonces a los grupos de jóvenes. Sin embargo, hubo en esa época un auge de las discusiones sobre las “vías de la revolución” en todo del mundo, especialmente acerca de la importancia y necesidad de la lucha armada, al tiempo que se discutía sobre el papel específico de las nuevas generaciones en esos procesos.

Las páginas que siguen se aproximan a esos asuntos a partir de una mirada atenta al movimiento estudiantil uruguayo de 1968, año de irrupción del protagonismo juvenil en las calles de Montevideo y de crecimiento explosivo de los diferentes grupos de izquierda. El examen procede por “capas”: primero, una narración casi lineal de los seis meses de protesta de los estudiantes montevideanos; a continuación, un acercamiento a las expresiones materiales y simbólicas de la violencia estudiantil desplegada en esas jornadas, en diálogo con la también inédita escalada represiva del gobierno; luego, una aproximación al impacto de esas violencias en las formas de organización de los estudiantes; después, un mapeo de las diferencias generadas en la izquierda política por la sucesión de cambios en tan poco tiempo; y, para terminar, un intento de relacionar activismo estudiantil, militancia política y cultura juvenil basado en una literatura más amplia y referida a otros casos nacionales.

En términos heurísticos, la novedad de este trabajo es una primera incursión en los archivos de la Dirección Nacional de Información e Inteli-

gencia (DNII) de la policía uruguaya que estuvieron hasta hace pocos años totalmente cerrados para la consulta pública. Sin embargo, el acceso fue limitado y no se obtuvo documentación alguna sobre varios temas y asuntos importantes. Por eso, el grueso de la información procede de fuentes ya conocidas para la historia del movimiento estudiantil, como las publicaciones periódicas de alcance nacional y las actas del Consejo Directivo Central de la Universidad de la República. Las visiones que aportan estos documentos se hicieron dialogar con otras que tal vez no parezcan pertinentes pero que nos acercan puntos de vista originales y enriquecedores, como es el caso de la revista contracultural *Los Huevos del Plata* y de los rastros de la trayectoria del artista Íbero Gutiérrez, un joven estudiante asesinado en 1972 por un grupo paramilitar.

El objetivo principal de esta estrategia heurística y narrativa es presentar desde diferentes perspectivas el contexto específico de las posiciones que asumieron los grupos y sectores de la izquierda uruguaya en esta etapa. La intención es ir a contrapelo de otros estudios de temas similares que parten de los clivajes ideológicos para explicar actitudes y polémicas sobre aspectos puntuales. Este enfoque incorpora también un intento de integrar la multiplicidad de niveles en que se desplegaron esos enfrentamientos en un terreno de fronteras difusas entre la política y la cultura. Solo al final, luego de haber recorrido esos derroteros, se trata de volver a ubicar al movimiento estudiantil de 1968 (y sus significados políticos) en una historia un poco más larga que lo enlaza tanto con las trayectorias de los grupos de izquierda como con el avance del autoritarismo hasta el golpe de Estado de junio de 1973. Estas vinculaciones históricas y conceptuales apuntan a repensar algunas categorías que se vienen utilizando para analizar la década larga de los sesenta en América Latina, especialmente las de “nueva izquierda” e “izquierda revolucionaria”, sobre las que se volverá en las conclusiones. En aras de allanar el camino que proponen estas páginas, en esta introducción se ofrece una breve descripción del clima social y político que precedió al movimiento de protesta de 1968, del que los estudiantes fueron una parte principal.

A los efectos, no parece arriesgado afirmar que la explosión de descontento que se vivió en ese año vino a poner en entredicho varias décadas de relativa estabilidad en el contexto regional, aun teniendo en cuenta las disrupciones golpistas de los años treinta y cuarenta.<sup>1</sup> En el primer tramo del

<sup>1</sup> En 1933, el presidente Juan Gabriel Terra, electo constitucionalmente, se puso al frente de los sectores conservadores de ambos partidos tradicionales y dio un golpe de Estado. En 1942, el presidente Alfredo Baldomir decidió romper con el restrictivo aparato institucional del período terrista, que había inicialmente aceptado para llegar al mando, y dio lo que se ha dado en llamar un “golpe bueno” para volver a los procedimientos plenamente democráticos, sin alterar el resto del arreglo político y social del período. Quedaba así afirmada la tradición uruguaya del “autogolpe” presidencial. Sobre esta etapa, véanse Oddone, Juan, *Uruguay en los años 30*, Montevideo, CUD/FCU, 1989, y *Uruguay entre la depresión y la guerra, 1929-1945*,

siglo xx, durante lo que se conoce como el período “batllista”, el país había construido un régimen democrático basado en la resolución negociada de los conflictos, lo cual limitó la polarización política y atenuó las diferencias entre los dos partidos “tradicionales” (Colorado y Nacional o Blanco).<sup>2</sup> Este arreglo inclusivo se sostuvo en la primacía del poder civil y en los valores laicos de la ciudadanía y el consenso. Una economía agroexportadora con mercados financieros abiertos sustentó este formato institucional y proporcionó recursos para el desarrollo de la burocracia estatal, un sistema de bienestar social y hasta un intento de industrialización para sustituir importaciones. Entre los censos nacionales de 1908 y 1963, la población creció de un millón a dos millones y medio. En comparación con el conjunto del continente, el país ostentaba no solo un importante ritmo de urbanización y un alto nivel educativo sino también una menor tasa de mortalidad infantil y una mayor expectativa de vida.

Quizás por eso, varios estudiosos de la segunda mitad del siglo han enfatizado que Uruguay fue un espectador sorprendido de su propia crisis. Algunos rasgos distintivos de la peripecia nacional en el contexto regional, como la primacía del poder civil, la regularidad de los procedimientos democráticos y la fortaleza de los sectores medios asalariados, habían favorecido una imagen indulgente que minimizaba los defectos y opacaba las posibles visiones críticas. La idea de Uruguay como “Suiza de América” estaba bastante extendida entre los ciudadanos, que se creían afortunados de vivir en un “país feliz” donde la igualdad social, la solución consensual de los conflictos, la democracia política y la educación pública definían la identidad nacional en una región “atrasada”.<sup>3</sup> Hacia los años sesenta, sin embargo, casi nadie dejaba de notar el deterioro de los indicadores económicos y el clima

---

Montevideo, FCU, 1990; Caetano, Gerardo y Raúl Jacob, *El nacimiento del terrismo, 1930-1933*, 3 vols., Montevideo, EBO, 1989-1991; y Frega, Ana, Mónica Maronna e Ivette Trochón, *Baldomir y la restauración democrática*, Montevideo, EBO, 1987.

<sup>2</sup> “Batllista” y “batllismo”, que emplearemos más de una vez en este texto, provienen del nombre del principal líder del Partido Colorado a comienzos del siglo xx, José Batlle y Ordóñez, que fue presidente del país entre 1903 y 1907 y entre 1911 y 1915. La utilización de este apelativo no implica de modo alguno un desconocimiento del papel que otros actores sociales y políticos, en especial el Partido Nacional o Blanco, jugaron en la consolidación de muchos de los rasgos distintivos de esta época.

<sup>3</sup> Los “mitos fundacionales” de este “país feliz” se describen en Rial, Juan, “El ‘imaginario social’ uruguayo y la dictadura: Los mitos políticos de [re]construcción”, en Perelli, Carina y J. Rial (eds.), *De mitos y memorias políticas: la represión, el miedo y después...* Montevideo, EBO, 1986, pp. 22-25. El triunfo del país en el campeonato mundial de fútbol de 1950 reforzó esta representación. Véase Caetano, Gerardo y José Rilla, *Historia contemporánea del Uruguay: de la colonia al MERCOSUR*, Montevideo, CLAEH/Fin de Siglo, 1994, pp. 180-181. Para la idea del “Uruguay feliz” como una “creación batllista”, véase Panizza, Francisco, *Uruguay, batllismo y después: Pacheco, militares y Tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*, Montevideo, EBO, 1990, pp. 79-82.

de polarización social y política, al tiempo que se percibía la crisis del gobierno y los partidos tradicionales y comenzaban a aparecer algunos inéditos impulsos de participación política de las fuerzas armadas. Estos cambios llevaron a todos los actores involucrados a repensar sus posturas y evaluar sus responsabilidades. En el caso de los grupos de izquierda, que van a ser el centro de nuestro análisis, esto llevó a la formulación de nuevos proyectos y a replantear con más fuerza la idea de que la transformación revolucionaria era un producto lógico de las fuerzas históricas y un objetivo deseado para el país. Los sucesos internacionales, especialmente la experiencia de la Revolución Cubana, tuvieron también una profunda influencia en su discurso y comportamiento políticos.

Empecemos el repaso de este período de cambios en la década anterior a 1968, con las primeras señales de un estancamiento económico que afectó el nivel de vida y las expectativas de ascenso social de amplios sectores hasta entonces beneficiados por una tasa anual de crecimiento del 8% entre 1945 y 1955. Tal crecimiento, apoyado en un programa de industrialización con base en productos nacionales, descansaba sobre capitales generados por el sector agroexportador y no pudo sostenerse frente al declive de la productividad agrícola y los precios internacionales. Además, las políticas industrializadoras aplicadas por los últimos gobiernos colorados carecían de un plan coherente y frecuentemente beneficiaban solo a un par de sectores específicos. El descenso de la productividad y la aparición de tasas de inflación previamente desconocidas en el país llevaron a un aumento de las actividades financieras y especulativas.<sup>4</sup> Ante este panorama, los hacendados lanzaron una campaña para defender sus intereses. Los industriales resistieron ese empuje al tiempo que bloqueaban las medidas redistributivas a favor de los trabajadores. Estos últimos, por su parte, protestaron con huelgas y paros por la pérdida de su poder adquisitivo. En los meses previos a las elecciones de 1958, los sindicatos respaldaron las exigencias estudiantiles de reformar los mecanismos de gobierno de la Universidad de la República y ambos sectores unificaron sus movilizaciones en protesta por la situación económica.

El gobierno colorado dudó y no satisfizo enteramente a ninguno de estos grupos de presión. En términos más generales, el sistema político parecía crecientemente incapaz de manejar todas las demandas sociales azuzadas por la crisis. En ese contexto (y por primera vez en el siglo), un líder influyente emergió por fuera de los partidos tradicionales. Este líder, Benito Nardone, hizo uso de una retórica populista plagada de referencias históricas a las guerras de Independencia y el principal héroe nacional, José

<sup>4</sup> El fin de la década de 1950 marcó el comienzo de la “inflación estructural” en Uruguay. Véase por ejemplo Lichtensztein, Samuel, *Comercio internacional y problemas monetarios*, Montevideo, Nuestra Tierra, 1969.



Gervasio Artigas, afirmándose en las viejas críticas al carácter urbano de la agenda batllista (y “neobatllista”) y conminando al gobierno a dejar de forzar al sector agrícola a pagar por la industrialización del país.<sup>5</sup> Al acercarse las elecciones, el principal dirigente blanco, Luis Alberto de Herrera, acordó con Nardone la formación de una lista común dentro del Partido Nacional. En 1958, por primera vez en noventa y tres años, el Partido Colorado fue derrotado en los comicios nacionales (el 38% del total de los votos contra el 50% para el Partido Nacional). Los grupos de izquierda mejoraron su actuación gracias al descontento popular con el gobierno “neobatllista”, pero no lograron todavía un peso electoral real (el 3% para los comunistas y el 4% para los socialistas).

Las elecciones de 1958 fueron un punto de quiebre en la historia uruguaya, pero mostraron también algunas continuidades importantes. En primer lugar, quedó en claro que la ciudadanía y la mayor parte de los actores sociales y políticos todavía creían en la participación política como solución a los problemas del país. Por lo tanto, la rotación de partidos en el poder se veía como un camino de salida de la crisis. En los lustros posteriores, mientras la situación económica continuaba deteriorándose, aumentaba la confrontación social y el sistema político seguía mostrándose incapaz de responder, esta creencia fue repetidamente puesta a prueba.

En todo caso, el nuevo gobierno blanco ensayó un cambio de rumbo. Su agenda económica contradijo las políticas intervencionistas y redistributivas del período anterior. En julio de 1959, una misión del Fondo Monetario Internacional (FMI) dio indicaciones para revertir las tendencias proteccionistas e industrializadoras. En diciembre, el parlamento aprobó la Reforma Cambiaria y Monetaria, que estableció un mercado libre con una sola tasa de cambio, restringió la disponibilidad de dinero y devaluó el peso. También liberalizó el comercio y terminó con los subsidios a la industria. Los hacendados, que hacía tiempo sostenían que el proteccionismo afectaba sus ganancias y desestimulaba la reinversión, apoyaron estas medidas. Sin embargo, el cambio de política no terminó con el estancamiento del sector agrícola. Cuando los precios de las exportaciones decayeron, la reforma se mostró ineficaz para solucionar los problemas estructurales del país. Además, la apertura del comercio exterior agravó el desnivel de la balanza comercial, con un aumento del 40% de las importaciones en cuatro años. Luego de ajustarse a los lineamientos del FMI, el gobierno blanco obtuvo un importante préstamo para cubrir el déficit pero no pudo revertir la tenden-

<sup>5</sup> Véase Nahum, Benjamín, *Manual de historia del Uruguay*, 2 vols., Montevideo, EBO, 1995, vol. 2, pp. 202-204, y Caetano, G. y J. Rilla, *Historia contemporánea del Uruguay*, *op. cit.*, p. 205. “Neobatllista” refiere a la recuperación de algunos de los lineamientos del batllismo de comienzos de siglo por parte de los seguidores de esta facción del Partido Colorado, en particular su sobrino Luis Batlle Berres, que fue titular del Poder Ejecutivo entre 1947 y 1951.

cia a la baja de la economía. Este primer acuerdo con el FMI dejó al país más endeudado sin resolver su crisis.<sup>6</sup>

En los años sesenta, aun con más fuerza que en los períodos anteriores, los asuntos internacionales afectaron la escena doméstica en Uruguay y otros países latinoamericanos. Luego del triunfo de la Revolución Cubana de 1959, Estados Unidos intensificó su presencia imperial en la región, expandiendo el papel del capital norteamericano y reclamando respuestas estandarizadas para los problemas particulares de cada nación. En acuerdo con sus propias necesidades económicas, el gobierno de este país apoyó las políticas del FMI, trató de abrir al subcontinente para sus negocios e inversiones e impulsó la creación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) en 1960. También intentó implementar nuevos programas tendientes a prevenir la aparición de movimientos revolucionarios a través del crecimiento económico y el fortalecimiento de las instituciones. La creación de la Alianza para el Progreso en 1961 expresó esta nueva visión de la intervención estatal para promover el desarrollo e impedir la insurrección social. Luego de que Fidel Castro manifestara su adhesión al campo comunista y de que la “crisis de los misiles” trajera la Guerra Fría al Caribe, Estados Unidos redobló sus esfuerzos. Su supremacía hemisférica pareció alcanzar el punto máximo en 1962, cuando la Organización de Estados Americanos (OEA) expulsó a Cuba de su seno.<sup>7</sup> Al mismo tiempo, la Revolución Cubana se volvía una fuente de inspiración para muchos en la región y proveía un modelo viable para quienes estaban descontentos con la situación imperante, particularmente con el papel de Estados Unidos en el subcontinente.

En Uruguay, todos estos factores internacionales afectaron una escena doméstica que ya era compleja. En 1962, las primeras elecciones nacionales de la década mostraron dos importantes novedades: los partidos tradicionales estaban cada vez más fragmentados y la izquierda comenzaba a ser capaz de crear modestas coaliciones. Dentro del Partido Colorado, los “neobatllistas” fueron culpabilizados por la crisis pero aun así obtuvieron el 24% de los votos; Óscar Gestido, un general retirado del ejército, unió a los sectores conservadores del partido con el 14%; Zelmar Michelini, por su parte, organizó un nuevo grupo progresista que logró el 7%. Sumados,

<sup>6</sup> Véase Nahum, Benjamín, *Manual de historia del Uruguay, op. cit.*, vol. 2, pp. 250-255, y Caetano, G. y J. Rilla, *Historia contemporánea del Uruguay, op. cit.*, p. 211. Sobre la Reforma, véase Nahum, B., A. Frega, M. Maronna e I. Trochón, *Historia uruguaya, tomo 8: El fin del Uruguay liberal, 1959-1973*, Montevideo, EBO, 1990, pp. 106-111. Por la situación económica, véase Cancela, Walter y Alicia Melgar, *El desarrollo frustrado: 30 años de economía uruguaya, 1955-1985*, Montevideo, CLAEH/EBO, 1985.

<sup>7</sup> Véase O'Brien, Thomas, *The Century of U.S. Capitalism in Latin America*, Albuquerque, New Mexico University Press, 1999, pp. 137-158; y Smith, Peter, H., *Talons of the Eagle: Dynamics of U.S.-Latin American Relations*, Nueva York, Oxford University Press, 2000, pp. 148-155.

los colorados recibieron el 45% de las adhesiones, mejorando su comportamiento electoral pero sin lograr recuperar el gobierno. Los realineamientos continuaron entre los blancos. Los viejos seguidores de Herrera, que había muerto en 1959 a poco de asumir el primer gobierno blanco, estaban divididos en dos sectores: el mayoritario identificado con los “blancos independientes” (27%) y el minoritario con Nardone (19%), lo cual significaba una reversión interna con respecto a la alianza herrero-ruralista que había ganado en la vuelta anterior. En total, el partido recibió el 47% de los votos y mantuvo su predominancia.<sup>8</sup>

En esas mismas elecciones, dos dirigentes blancos, Enrique Erro y Ariel Collazo, se unieron a coaliciones de izquierda. La Unión Popular (UP), creada por Erro y el Partido Socialista (PS), dio cuerpo a las ideas de un grupo de jóvenes que se oponía a las inclinaciones liberales del viejo líder del PS Emilio Frugoni y reclamaba una posición más clara en defensa de la clase obrera y un mayor énfasis nacionalista y latinoamericanista. Fue un fracaso electoral (el 2%, cuando los socialistas solos habían obtenido el 4% en 1958). También el Partido Comunista Uruguayo (PCU) atravesaba una fase de redefiniciones bajo el liderazgo de Rodney Arismendi y lanzó una coalición (Frente Izquierda de Liberación Nacional, FIDEL) con pequeños grupos escindidos de los partidos tradicionales (entre ellos el Movimiento Revolucionario Oriental, MRO, dirigido por Collazo). Le fue mejor que a la UP (el 4% contra un previo 3% de los comunistas). Otra novedad de las elecciones de 1962 fue la participación del Partido Demócrata Cristiano (PDC), que recibió el 3% del total de los votos. Este nuevo partido comprendía militantes de la católica Unión Cívica que habían reformulado el grupo inspirados por los lineamientos del Concilio Vaticano II y alentados por el prestigio de los demócrata-cristianos europeos y el crecimiento del PDC chileno.<sup>9</sup>

Tanto los reacomodos dentro de los partidos tradicionales como la reconfiguración de la izquierda fueron respuestas a lo que se percibía como una inadecuación del sistema político para enfrentar las nuevas realidades sociales. En los años siguientes, la muerte de importantes líderes blancos y colorados (incluyendo a Nardone y a Batlle Berres en 1964) agudizó esta percepción. Además, el nuevo gobierno se mostró incapaz de tomar decisiones rápidas en tiempos turbulentos. Inicialmente, trató de alejarse de la ortodoxia del FMI y dio la bienvenida a los consejos de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE), un organismo de planificación montado para recibir la ayuda de Estados Unidos a través de la Alianza para el Progreso. Esta comisión recogió un gran volumen de información y propuso una serie de recomendaciones de inspiración desarrollista que iban desde la reforma agraria y la planificación estatal de la economía hasta un pacto

<sup>8</sup> Véase Nahum, B., A. Frega, M. Maronna e I. Trochón, *Historia uruguaya, op. cit.*, pp. 18-24.

<sup>9</sup> *Ibid.*

entre trabajadores, hacendados, industriales y Estado. Sin embargo, no se alcanzó el consenso político necesario para implementar realmente estas reformas en el corto plazo.<sup>10</sup>

Mientras el sector agrícola y el industrial permanecían estancados, las actividades especulativas aumentaron de modo dramático. Esta combinación de estancamiento productivo con especulación financiera caracterizó a Uruguay en el contexto latinoamericano. En 1965, colapsó el sistema bancario y hubo otro esfuerzo para ceñirse a los planes del FMI, con una nueva devaluación del peso, la unificación del mercado de cambio y más restricciones a las importaciones.<sup>11</sup> Los indicadores sociales mostraron el deterioro constante de las condiciones de vida de los sectores populares y medios, incluyendo el descenso de los salarios reales y los beneficios sociales, creciente desempleo y pobreza y el comienzo de la emigración masiva.<sup>12</sup>

El fracaso de todos los intentos de resolver esta situación llevó a los partidos tradicionales a culpar, todavía una vez más, al arreglo colegiado del Poder Ejecutivo. Empezaron entonces las negociaciones para modificar la Constitución y devolver algunas prerrogativas al presidente. Tanto el diagnóstico como la solución eran viejos y ya habían sido puestos en práctica, lo cual volvía a mostrar que el sistema político se encontraba en un atasco. En los últimos treinta años el país había pasado por siete elecciones nacionales y conocido once propuestas de Constitución, todas ellas con el propósito de modificar el Poder Ejecutivo. Además, luego de una década de gobiernos blancos, la rotación de partidos en el poder también había resultado incapaz de resolver la crisis y, sin embargo, el resultado de las elecciones de 1966 fue tanto la reforma de la Constitución para dar más poder al presidente como la elección de un colorado (Óscar Gestido) para gobernar con esta nueva autoridad.<sup>13</sup> De todos modos, había una nota de novedad en los propósitos de los sectores que apoyaban el aumento del poder presidencial: eficiencia y celeridad deberían ser usadas para mantener la “paz social” y reprimir la protesta popular. Aunque esto no fue inmediatamente evidente en el mandato de Gestido, los cimientos para una escalada autoritaria quedaban así establecidos.

<sup>10</sup> Véase Garcé, Adolfo, *Ideas y competencia política en Uruguay, 1960-1973: Revisando el “fracaso” de la CIDE*, Montevideo, Trilce, 2002. Véase también Nahum, B., A. Frega, M. Maronna e I. Trochón, *Historia uruguaya, op. cit.*, pp. 124-128, y Finch, Henry, *A Political Economy of Uruguay since 1870*, Nueva York, St. Martin’s Press, 1981, p. 241.

<sup>11</sup> Para el segundo gobierno Blanco, véase Nahum, B., A. Frega, M. Maronna e I. Trochón, *Historia uruguaya, op. cit.*, pp. 25-35. Por estancamiento del sector rural y fin de la sustitución de importaciones, véase *ibid.*, pp. 99-104 y 129-137.

<sup>12</sup> Véase Cancela, W. y A. Melgar, *El desarrollo frustrado, op. cit.*; Melgar, A., *Distribución del ingreso en el Uruguay*, Montevideo, CLAEH, 1981; Errandonea, A., *Las clases sociales en el Uruguay*, Montevideo, CLAEH/EBO, 1989; y Wonsewer, Israel y Ana María Teja, *La emigración uruguaya, 1963-1975: sus condicionantes económicas*, Montevideo, CINVE/EBO, 1985.

<sup>13</sup> Sobre la nueva constitución y las elecciones, véase Nahum, B., A. Frega, M. Maronna e I. Trochón, *Historia uruguaya, op. cit.*, pp. 44-54.

Entre junio y noviembre de 1967, el Presidente utilizó sus nuevas facultades para revertir las políticas económicas y sociales implementadas desde 1959 por los gobiernos blancos conforme a los lineamientos del FMI. Pero entre octubre y noviembre, en medio de grandes diferencias internas e intensa conflictividad social, dio otro golpe de timón. Recurrió a las Medidas Prontas de Seguridad (una forma limitada de estado de sitio sancionada en la Constitución que permitía la suspensión de los derechos de huelga, reunión y expresión) y volvió a adoptar las sugerencias de ese organismo internacional, restableciendo un mercado unificado de cambio y devaluando drásticamente la moneda. Ese año la inflación superó el 100%, la más alta de la historia nacional hasta el momento.<sup>14</sup>

Para ese entonces, la mayoría de los actores sociales y políticos ya era consciente de la gravedad del actual estado de cosas. Mientras el sistema político tradicional trataba de reaccionar, un abanico de nuevos actores se organizó para responder. Como veremos a continuación, los sindicatos se embarcaron en un largo proceso de unificación en una central única; el movimiento estudiantil se radicalizó y se unió a los trabajadores en sus reclamos y movilizaciones; los viejos partidos de izquierda reconsideraron sus posiciones y nuevos grupos fueron creados para hacer frente a la crisis y promover el cambio por medios diferentes.

Hasta ese momento, la izquierda política, representada fundamentalmente por el PS y el PCU, había fallado en sus intentos de capitalizar en términos electorales el fracaso de los partidos tradicionales. Como vimos, sus primeros ensayos de construcción de coaliciones no fueron demasiado exitosos. Entre los senadores y diputados electos en 1966, los únicos representantes de izquierda pertenecían al FIDEL, la coalición creada en 1962 por los comunistas y algunos pequeños grupos escindidos de los partidos tradicionales, que obtuvo el 5,7% de la votación total. Desde su fundación en 1921, el PCU había confiado en la política electoral y obtenido el apoyo de sectores de trabajadores sindicalizados. Ni su renovada consideración de la sociedad y la historia uruguayas hacia fines de la década de 1950 ni el impacto contemporáneo de la Revolución Cubana parecieron afectar su apego a las elecciones y a las alianzas políticas. El PDC, más próximo a la izquierda luego de incorporar los cambios del movimiento cristiano mundial, también logró una pequeña representación parlamentaria.<sup>15</sup> Otras listas de izquierda que

<sup>14</sup> Para el gobierno de Gestido, véase *ibid.*, pp. 55-56. Los siguientes párrafos de contexto histórico del período 1966-1968 están basados en el primer capítulo de Vania Markarian, *Idos y recién llegados: La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984*, México, Correo del Maestro/La Vasija/CEIU, 2006.

<sup>15</sup> En 1966 presentó una moderada plataforma de izquierda y obtuvo el 3% de la votación total (tres diputados). Por la evolución del PDC, véase Carlos Zubillaga, "Los partidos políticos ante la crisis (1958-1983)", en Caetano, G. et al., *De la tradición a la crisis: pasado y presente de nuestro sistema de partidos*, Montevideo, CLAEH/EBO, 1991, pp. 73-74. Véase también Quijano,

participaron en las elecciones de 1966, como el PS y el grupo liderado por el exsenador blanco Enrique Erro, no pudieron acordar candidatos comunes y sufrieron las consecuencias de sus desavenencias.<sup>16</sup>

Al mismo tiempo que seguían buscando caminos electorales para enfrentar la crítica situación nacional, todos estos grupos participaban de los debates ideológicos y políticos que se planteaban a nivel regional. En 1967, la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) reunió a la izquierda latinoamericana en una conferencia en La Habana para discutir las principales preocupaciones de sus pares en el resto del mundo. La confrontación entre la Unión Soviética y China, los nuevos desafíos de la Revolución Cubana y otras controversias en los países socialistas definieron bandos entre los participantes. El Che Guevara, cuyo paradero en Bolivia era aún desconocido por la mayoría de los asistentes, dio la bienvenida a la reunión con un mensaje que exaltaba la violencia y criticaba a la Unión Soviética, dos actitudes que caracterizaron a gran parte de la izquierda de la región en los años siguientes.<sup>17</sup> Si bien estos temas ya eran causa de un intenso desacuerdo, los debates de la OLAS azuzaron la polémica en todo el continente.<sup>18</sup> La izquierda uruguaya también tuvo entonces que lidiar con los dilemas ideológicos de sus camaradas del mundo y debió asumir posiciones más claras con respecto a las singularidades de la revolución en América Latina. Muchos de los asuntos analizados en los capítulos que siguen están teñidos por esas polémicas.

La delegación uruguaya a la OLAS estuvo integrada por el PS y el FIDEL. No hubo representantes oficiales de los diversos grupos radicales ni del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), el principal movimiento guerrillero del país.<sup>19</sup> De hecho, aunque habían comenzado a organizarse

---

José M., “Entre Kiesinger y Camilo Torres”, *Marcha*, 16 de mayo de 1969, p. 13, y “Crisis en la democracia cristiana”, *Marcha*, 23 de mayo de 1969, p. 13.

<sup>16</sup> Luego de los desacuerdos sobre su representación parlamentaria, la coalición de Erro y los socialistas se deshizo en 1963. En 1966, los socialistas obtuvieron el 0,9% de la votación total y Erro el 0,2%. Cifras de Caetano, G., J. Gallardo y J. Rilla, *La izquierda uruguaya: tradición, innovación y política*, Montevideo, Trilce, 1995, p. 149.

<sup>17</sup> Véase Castañeda, Jorge, *La vida en rojo: una biografía del Che Guevara*, Madrid, Alfaguara, 1997, pp. 445-461.

<sup>18</sup> La OLAS fue fundada en La Habana en 1966, luego del fracaso de un intento más amplio de unificar las fuerzas revolucionarias del “Tercer Mundo”. La meta era coordinar la acción revolucionaria armada en el continente. Véase Harnecker, Marta, *Haciendo posible lo imposible: la izquierda en el umbral del siglo XXI*, México, Siglo XXI, 1999, pp. 24-25. En la reunión de 1966, Fidel Castro criticó a la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos (especialmente al venezolano) por su oposición a los movimientos guerrilleros. Véanse los informes de las reuniones de la OLAS en *Marcha*, 8 de agosto de 1967, pp. 20-21.

<sup>19</sup> Para más información sobre este tema, incluyendo las agudas polémicas suscitadas en torno a la designación de la delegación uruguaya, véase Rey Tristán, Eduardo, “La Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) y la polémica sobre las formas de la revolución latinoamericana: El caso uruguayo”, en Gutiérrez Escudero, Antonio y María Luisa Laviana Cuetos, *Estudios sobre América, siglos XVI-XX*, Sevilla, Asociación Española de Americanistas, 2005.

a principios de los sesenta, los Tupamaros no ganaron notoriedad pública hasta los asaltos bancarios y el secuestro del presidente del ente estatal de energía eléctrica, Ulyses Pereira Reverbel, en 1968. Si bien la reunión de La Habana respaldó a grandes rasgos su estrategia, este grupo trató de eludir el tipo de controversia ideológica explícita expresado en la OLAS.<sup>20</sup> El resto de la izquierda uruguaya hizo patente el impacto de esa reunión: mientras el PCU cuestionó sus definiciones básicas con respecto a la lucha armada en la experiencia revolucionaria de América Latina, la mayoría de los demás grupos adhirió abiertamente a ese credo.

En diciembre de 1967 murió el presidente Gestido y fue sucedido por el vicepresidente Jorge Pacheco Areco, un colorado de derecha poco conocido. A la semana de asumir el cargo, Pacheco promulgó un decreto que proscribía al PS y otros grupos que habían apoyado públicamente la plataforma de la OLAS. Como veremos con mayor detalle en otras secciones de este texto, estas medidas tuvieron importantes consecuencias en el futuro de la izquierda uruguaya. Algunos militantes fueron acusados de ser partidarios de la lucha armada y encarcelados. Dos periódicos fueron clausurados. Entre los grupos proscritos se encontraban viejas organizaciones de acción directa como la Federación Anarquista Uruguaya (FAU, que siguió funcionando a través de la Resistencia Obrero-Estudiantil, ROE). También fueron declarados ilegales los grupos más nuevos, inspirados por las revoluciones China o Cubana, como el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), los excomunistas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el MRO, ya distanciado del FIDEL.<sup>21</sup>

La postura pro OLAS de estos grupos no causa demasiada sorpresa, pero la posición del viejo Partido Socialista requiere una breve explicación. Por ese entonces, el PS estaba atravesando un complejo proceso de renovación ideológica. A diferencia de los comunistas, la experiencia cubana había llevado a que muchos socialistas descartaran la política electoral como modo principal de alcanzar el cambio social en Uruguay. Además, el esfuerzo por rastrear sus raíces en las insurrecciones rurales del siglo XIX y un nuevo énfasis nacionalista y antiimperialista marcaron, de la mano del dirigente Vivian Trías, un alejamiento del liberalismo político representado por el viejo líder Emilio Frugoni.<sup>22</sup> Al igual que otros que aplaudieron las definicio-

<sup>20</sup> Los grupos y militantes que fundaron el MLN-T en 1965 comenzaron a coordinar sus actividades en 1962. Muchos eran socialistas y anarquistas que habían trabajado para sindicalizar a los trabajadores rurales del norte del país. En 1967 actuaban como un movimiento de guerrilla urbana. Para más información, véase Aldrighi, Clara, *La izquierda armada: ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*, Montevideo, Trilce, 2001.

<sup>21</sup> Sobre estos grupos en el entorno de la reunión de la OLAS, véase Rey Tristán, E., *A la vuelta de la esquina: La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*, Montevideo, Fin de Siglo, 2006, pp. 108-122.

<sup>22</sup> Hasta los años cincuenta, Frugoni lideró el PS y se mantuvo cercano a sectores de los partidos tradicionales. A partir de esa década, una generación más joven rebatió esta idea



nes de la OLAS, hubo militantes socialistas que se embarcaron en proyectos de lucha armada. El partido como tal no tomó ese camino. Raúl Sendic, el principal dirigente de los Tupamaros, comenzó su transformación política hacia la violencia revolucionaria mientras dirigía los esfuerzos del PS por sindicalizar a los trabajadores rurales. Pero luego abandonó el partido para liderar el MLN-T.<sup>23</sup>

Aunque los sindicatos no discutieron formalmente la plataforma de la OLAS, los debates sobre estrategia revolucionaria formaron parte del largo proceso de unificación del movimiento obrero. Finalmente se logró la fundación de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) en octubre de 1966. La CNT formuló un programa de reclamos específicos sobre salarios y beneficios, así como un conjunto de respuestas estructurales a la crisis que incluía la reforma agraria, la nacionalización de algunas industrias, bancos y el comercio exterior, políticas estatales de industrialización y la reforma del sistema tributario.<sup>24</sup> Los diversos grupos de izquierda estuvieron involucrados en el proceso de creación de la CNT y apoyaron en líneas generales su plataforma. Se notaba una clara división entre aquellos que promovían el aumento gradual de la movilización por demandas concretas y aquellos que impulsaban una estrategia más confrontacional que obligara a una mayor radicalización y respuestas inmediatas. Los primeros destacaban la participación electoral y el papel de las organizaciones políticas en la conducción de la acción revolucionaria, mientras que los últimos resaltaban el papel autónomo de los sindicatos en estos procesos. Como veremos en detalle más adelante, una situación similar se dio dentro del combativo movimiento estudiantil, que estaba estrechamente relacionado con los trabajadores y era más claramente propenso a las tácticas de confrontación. Generalmente, estos debates de fines de los sesenta entre estudiantes y trabajadores sindicalizados reproducían la ruptura de la izquierda uruguaya en relación a la OLAS, con el PCU y sus aliados de un lado y los sectores que luego convergieron en la “tendencia” del otro.<sup>25</sup>

---

reformista del partido. Mientras esta facción realizaba acuerdos políticos no exitosos con otros grupos radicales, cristianos y nacionalistas, Frugoni y sus seguidores abandonaron el PS. Véase Zubillaga, C., “Los partidos políticos ante la crisis”, *op. cit.*, pp. 72-75. Por el papel de Frugoni, véase Eduardo Jaurena, “Violencia y legalidad”, *Cuadernos de Marcha*, N° 39, julio de 1970, pp. 39-40. Para mayor información sobre el proceso de radicalización del PS, véase Rey Tristán, E., *A la vuelta de la esquina*, *op. cit.*, pp. 114-115.

<sup>23</sup> Para los antecedentes de este proceso, véase Duffau, Nicolás, “El Coordinador, 1963-1965: la participación de los militantes del Partido Socialista en los inicios de la violencia revolucionaria en Uruguay”, *Colección Estudiantes*, N° 30, Montevideo, FHCE, 2008.

<sup>24</sup> Véase González, Yamandú, *Continuidad y cambio en el movimiento sindical uruguayo: una perspectiva histórica de su problemática actual*, Montevideo, CIEDUR/DATES, 1993, pp. 36-39.

<sup>25</sup> La “tendencia” fue una denominación usada fundamentalmente en espacios gremiales. Incluía de un modo laxo a militantes de aquellos grupos proscritos en diciembre de 1967 y sus derivaciones en el período inmediatamente posterior. Para un análisis de estos grupos



A grandes rasgos, esta somera descripción de la configuración de campos a la interna de la izquierda uruguaya resulta suficiente para comprender en qué condiciones llegaron esos grupos a enfrentarse al gobierno de Pacheco durante 1968. Suspendamos entonces en este punto la presentación del contexto histórico en que se desencadenó ese movimiento de protesta, sin apurarnos a conocer sus derivaciones y desenlaces en el lustro siguiente. Me interesa enfatizar a partir de este panorama, como elemento a tener en cuenta en la lectura de las próximas páginas, la tensión que existió entre el proceso de acumulación de descontentos, luchas y expectativas que puede rastrearse por lo menos desde una década antes y los acontecimientos puntuales de ese año, novedosos y singulares en sus manifestaciones y consecuencias, en su capacidad para desplazar a miles de personas de sus derroteros y cambiar sus aspiraciones con respecto a la sociedad y la política.<sup>26</sup> Aunque las secciones que siguen hacen hincapié en este último aspecto, centrándose en las múltiples dimensiones de la movilización estudiantil y el protagonismo juvenil, las referencias a esa etapa previa servirán frecuentemente de contrapunto para marcar las continuidades y rupturas que entonces se hicieron evidentes. En otras palabras, la propuesta, ya desde esta introducción, es que el año de 1968 tuvo la fuerza de un rayo en la historia uruguaya pero no fue de modo alguno el primer relámpago de un cielo sereno, sino el fogonazo que iluminó las grandes nubes que se venían acumulando en la oscuridad.

Querría dar todavía otras pistas, de orden más conceptual, para recorrer el resto de este libro, especialmente en las relaciones entre la izquierda y la juventud, centrales para entender lo que sucedió en 1968. Esto implica, en primer lugar, preguntarse por el surgimiento de la juventud como actor político en el seno de la izquierda y, en seguida, prestar atención a las reacciones de los diferentes grupos frente a la circulación de pautas culturales específicamente juveniles que provenían principalmente de Europa y los Estados Unidos. El análisis no parte de un marco teórico determinado ni se sustenta en definiciones demasiado rígidas, sino que trata de prestar atención a los sentidos que los actores de la época dieron a estos asuntos. De todos modos, se vuelve necesario brindar un panorama de esas relaciones en el contexto uruguayo de los sesenta y desbrozar algunas de sus implicancias analíticas para abordar el desarrollo del movimiento estudiantil de 1968.

---

en el movimiento estudiantil, véase Varela, Gonzalo, *De la república liberal al Estado militar: Uruguay 1968-1973*, Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 1988, pp. 56-70. Véase también Cores, Hugo, *El 68 uruguayo: los antecedentes, los hechos, los debates*, Montevideo, EBO, 1997, pp. 57-65.

<sup>26</sup> Para un enfoque similar en relación con el caso francés, véase Ross, Kristin, *May 68 and its Afterlives*, Chicago, University of Chicago Press, 2002, p. 26. La inspiración proviene de Badiou, Alain, *Being and Event*, Nueva York, Continuum, 2005.

Empecemos por decir que aunque algunos partidos de izquierda, como el PCU y el PS, tenían ramas juveniles desde etapas anteriores, fue en esos años que estas se fortalecieron, captaron una mayor cantidad de militantes y adquirieron una mayor visibilidad. También los grupos más radicales, asociados con la acción directa y la lucha armada, crecieron entonces entre los jóvenes. Estos procesos podrían rastrearse en organizaciones políticas de diferentes signos ideológicos, incluyendo las de derecha. Las movilizaciones estudiantiles, por su parte, contaban con profusos antecedentes desde comienzos del siglo, destacándose las ya referidas de la década de 1950 en torno a los asuntos del gobierno y el funcionamiento de la Universidad de la República, pero también con planteos más generales en coordinación con los sindicatos obreros. Hacia finales de los sesenta, los estudiantes organizados tenían una agenda aun más amplia, centrada tanto en la problemática internacional desde una perspectiva antiimperialista como en la búsqueda de soluciones a la crisis nacional.<sup>27</sup>

¿Hasta qué punto estuvo relacionado ese florecimiento de las inquietudes políticas de las nóveles generaciones con la renovación de pautas culturales que marcó el surgimiento de una nueva identidad juvenil en el mundo? Parecería que hasta principios de los sesenta, al menos, los jóvenes militantes uruguayos no fueron demasiado innovadores en sus usos y costumbres. Los estudios de las movilizaciones relacionadas con la Ley Orgánica de la Universidad en 1958, por ejemplo, enfatizan la capacidad de propuesta de las organizaciones estudiantiles, su tenacidad y alcance, pero casi no mencionan rasgos específicamente juveniles de sus modalidades de lucha o de las formas de sociabilidad de sus integrantes (más allá de algunas expresiones lúdicas que seguramente puedan remontarse a viejas tradiciones universitarias europeas).<sup>28</sup> La escasa visibilidad de pautas culturales distintivamente generacionales puede explicarse por la eclosión que se produjo en la segunda mitad de la década de 1960 en ese terreno, amortiguando la percepción de novedades y conflictos en el período inmediatamente anterior. Como se verá luego, aparecieron entonces signos más claros de cierto desacuerdo con el funcionamiento y los contenidos del sistema educativo, así como algunos reparos hacia las formas de lucha de quienes los habían precedido y

<sup>27</sup> Sobre el movimiento estudiantil en esta época, véanse Van Aken, Mark, *Los militantes: una historia del movimiento estudiantil universitario uruguayo desde sus orígenes hasta 1966*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1990, y Markarian, V., María Eugenia Jung e Isabel Wschebor, *1958: el cogobierno autonómico y 1968: la insurgencia estudiantil*, Montevideo, Archivo General de la Universidad de la República, 2008.

<sup>28</sup> Para un repaso de la historia del movimiento estudiantil hasta ese momento, véanse Van Aken, M., *Los militantes...*, *op. cit.* Para el componente lúdico de algunas protestas, véase por ejemplo la descripción de las movilizaciones por presupuesto de 1963 en París de Oddone, M. Blanca, *La Universidad de la República de la crisis a la intervención, 1958-1973*, Montevideo, Universidad de la República, 2011, p. 71.

posiciones críticas frente a los planteos de la izquierda tradicional. A su vez, muchos contemporáneos notaron en esas experiencias de movilización juvenil la creación de un universo cultural nuevo, ajeno a las modalidades de protesta y propuesta de las generaciones anteriores.<sup>29</sup>

La bibliografía sobre otros casos históricos, incluyendo realidades cercanas geográficamente como Buenos Aires, tiende a diferenciar las expresiones políticas de los jóvenes de sus manifestaciones en el campo de la cultura y la sociabilidad, al tiempo que analiza sus encuentros y desencuentros.<sup>30</sup> Aunque en Uruguay parecería que la irrupción de la juventud como actor político fue más evidente que la expansión de su “contracultura”, este trabajo trata de demostrar que algunas modalidades de rebelión cultural conmovieron a grandes grupos de jóvenes y fueron percibidas por diversos actores como signos de novedad y ruptura con los valores tradicionales. Por eso, las secciones que siguen se preocupan especialmente por detectar, siempre en el entorno del movimiento estudiantil de 1968, los puntos de convergencia y divergencia entre quienes se proclamaban a la vanguardia de la lucha contra el orden establecido y los nuevos patrones de comportamiento generacional.

El análisis plantea varios desafíos de orden teórico y práctico. Uno de ellos se vincula con la utilidad de la categoría “generación” para comprender los procesos históricos, en este caso a fines de los años sesenta. Algunos autores no ven en ella más que la constatación de la tendencia de los grupos a pensar el pasado al ritmo del ciclo vital del ser humano. En palabras de Pierre Nora, “la generación es el producto del recuerdo, un efecto de rememoración. No se conoce a sí misma si no por diferencia y por oposición”.<sup>31</sup> Esto no ha impedido que los historiadores y otros científicos sociales tomaran la idea e hicieran de “los jóvenes” su objeto de estudio. Algunos, como por ejemplo el sociólogo Norbert Elias, consideran que el conflicto generacional es un elemento clave para entender ciertos fenómenos políticos y sociales.<sup>32</sup> La reflexión sobre estos temas tiene pocas décadas y se vincula con la también relativamente reciente delimitación de la adolescencia y la juventud como etapas específicas de la vida entre la infancia y la adultez, que puede datarse hacia la mitad del siglo pasado.<sup>33</sup> Ya en los años sesenta, el concepto de

<sup>29</sup> Véase por ejemplo “Jóvenes: entre la violencia y la sociedad ideal”, *Marcha*, 13 de junio de 1969, p. 12.

<sup>30</sup> Véase por ejemplo Pujol, Sergio A., “Rebeldes y modernos: una cultura de los jóvenes”, en James, Daniel (ed.), *Nueva historia argentina, Tomo IX: Violencia, proscripción y autoritarismo, 1955-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

<sup>31</sup> Nora, Pierre, “La génération”, en Nora, P. (ed.), *Les lieux de mémoire*, Sèvres, Gallimard, 1992, 3.956.

<sup>32</sup> Véase Elias, Norbert, *Los alemanes*, México, Instituto Mora, 1999, “El terrorismo en la República Federal Alemana: expresión de un conflicto social intergeneracional”.

<sup>33</sup> Véase Ariès, Philippe, *Ensayos de la memoria*, Bogotá, Norma, 1996, “Las edades de la vida”.

generación y la idea de conflicto entre grupos definidos por su edad eran generalmente considerados como elementos centrales para comprender la vida social y sus transformaciones. Este trabajo parte de la importancia que los contemporáneos otorgaron a esas categorías y busca ponerlas en perspectiva histórica a través de una mirada a algunos de los debates generados en torno a su uso en los años sesenta.<sup>34</sup>

Otro de los desafíos de esta investigación tiene que ver con la difusión de las pautas de una cultura juvenil surgida en Europa y los Estados Unidos a mediados del siglo pasado hacia países periféricos como Uruguay. Para empezar, es preciso advertir un cierto retraso en la adopción de los nuevos modos y también evaluar las formas creativas y los múltiples sentidos que los mismos adquirieron en la realidad local. Al centrarnos en la militancia de izquierda, ello requiere, a su vez, pensar la relación entre los ámbitos de la política y la cultura. Un primer paso es reconocer, junto a Raymond Williams, el abanico de significados muchas veces superpuestos de la palabra “cultura”, para luego enfocarse en los sistemas significantes o simbólicos que dan sentido a las actividades humanas y, aun más específicamente, en las prácticas y los productos intelectuales y artísticos.<sup>35</sup> Estas definiciones predominan en los terrenos de la historia intelectual y los estudios culturales, disciplinas que predominan en esta investigación.

Esa delimitación del enfoque es la base para analizar las relaciones entre ciertos programas político-ideológicos, en este caso los de algunos sectores de la izquierda uruguaya, y una serie de demandas e inquietudes formuladas en el campo cultural. La idea de *campo* refiere al planteo de Pierre Bourdieu: una configuración de relaciones sociales o, en sus palabras, “un estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha”.<sup>36</sup> Queda claro, de esta manera, que el campo cultural se constituye como un espacio social relativamente autónomo pero atravesado por relaciones de poder que lo trascienden. En el período considerado en este trabajo, se lo concebía simultáneamente como arena de lucha, herramienta de cambio y terreno de experimentación de la nueva conciencia que habría de acompañar las transformaciones sociales que se creían inminentes. El desafío es entonces percibir las múltiples tensiones entre las propuestas innovadoras que iban apareciendo en ese campo y algunos de los proyec-

<sup>34</sup> Para una evaluación preliminar de los trabajos sobre rebelión juvenil y conflicto generacional producidos todavía al calor de los años sesenta a nivel internacional, véanse por ejemplo Jarausch, Konrad H., “Essay Review: Restoring Youth to its Own History”, *History of Education Quarterly*, vol. 15, N° 4, invierno de 1975, y Gillis, John R., “Youth and History: Progress and Prospects”, *Journal of Social History*, vol. 7, N° 2, 1974.

<sup>35</sup> Véase Williams, Raymond, *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society, Revised Edition*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, pp. 90-91.

<sup>36</sup> Bourdieu, Pierre, *Campo de poder, campo intelectual: itinerario de un concepto*, Buenos Aires, Quadrata, 2003, “Algunas propiedades de los campos”, p. 120.

tos de cambio que signaron esa etapa en América Latina, marcada tanto por la conciencia de vivir una era revolucionaria en el orden social y económico como por “la percepción compartida de la transformación inevitable y deseada del universo de las instituciones, la subjetividad, el arte y la cultura”, en palabras de Claudia Gilman.<sup>37</sup>

En ese contexto general de cambio y voluntad de ruptura deben entenderse las profundas modificaciones en las costumbres y los usos de grandes sectores de la juventud en el mundo, muchas veces en abierta confrontación con los valores dominantes hasta el momento. Esto implica dar cuenta de las nuevas pautas culturales juveniles como parte de lo que se ha dado en llamar “contracultura”. La referencia clásica en este sentido es el estudio de 1969 de Theodore Roszak, *The Making of a Counterculture*, enfocado en el surgimiento de un movimiento de protesta de los jóvenes contra los valores dominantes en los años sesenta en las sociedades capitalistas más desarrolladas. Para Roszak, la “contracultura” de esos jóvenes comprendía un abanico de prácticas y discursos relacionados con la sexualidad, el consumo de drogas, la religiosidad, el trabajo y el ocio, siempre bajo el signo de la resistencia frente a los usos socialmente más aceptados.<sup>38</sup> A partir de su trabajo, se usa el adjetivo “contracultural” para referir de forma bastante laxa al conjunto de costumbres, estilos y opiniones que algunos sectores de la juventud, siempre reducidos numéricamente, han adoptado para protestar frente al mundo de sus mayores y marcar una identidad generacional.

Diferentes estudiosos de estos temas enfatizan la correspondencia entre la adopción de esas pautas identitarias y la creación de un mercado y un público juveniles para ciertos productos culturales más o menos masivos.<sup>39</sup> De esta forma, la contracultura originada en los sesenta ayudó a difundir la imagen de los jóvenes como objeto de culto e ideal de realización personal que se venía construyendo en la década anterior. En ese sentido, la contracultura puede definirse como un conjunto de pautas culturales inicialmente producidas y consumidas por un grupo reducido que surgieron en el contexto de la sociedad de masas y se extendieron por medio de las industrias culturales y otros mecanismos del mercado al conjunto de la sociedad. Una de las preguntas que esta investigación deja planteada (sin llegar a contestar realmente) refiere al papel de la izquierda uruguaya en la configuración

<sup>37</sup> Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 33 y 35-56.

<sup>38</sup> Véase Roszak, Theodore, *The Making of a Counterculture: Reflections on the Technocratic Society and its Youthful Opposition*, Garden City, Doubleday, 1969. Para definiciones y debates más recientes véanse Younger, Milton, *Counterculture*, Nueva York, Free Press, 1982, y Braunsten, Peter y Michael William Doyle (eds.), *The American Counterculture of the 1960s and 1970s*, Nueva York, Londres, Routledge, 2001.

<sup>39</sup> Véase por ejemplo Thomas Frank, *The Conquest of Cool: Business Culture, Counterculture, and the Rise of Hip Consumerism*, Chicago, The University of Chicago Press, 1997.

de esas relaciones contradictorias entre resistencia cultural y lógicas de consumo capitalistas que la eclosión juvenil de 1968 puso de manifiesto en nuestro medio.

Asumiendo entonces los desafíos implicados en el uso de la categoría de *generación*, en el análisis de las tensiones entre cultura y política y en la difícil definición de lo contracultural, este trabajo reúne la atención hacia el protagonismo juvenil y sus expresiones culturales hacia fines de los años sesenta con el interés por la historia de la izquierda política en Uruguay. Se inspira para ello en una serie de investigaciones sobre la misma época en otros contextos geográficos. En el caso norteamericano, que veremos nuevamente en las conclusiones, existe una abundante bibliografía que relaciona con éxito los cambios en las costumbres y las formas de sociabilidad de los jóvenes nacidos luego de la Segunda Guerra Mundial –en medio de profundas modificaciones de la estructura y los valores familiares– con la irrupción de movimientos de protesta en torno a demandas políticas y la masificación de algunas formas de resistencia contracultural. Los estudios sobre las movilizaciones estudiantiles de fines de los sesenta son quizás el mejor ejemplo de esta literatura, pero algo similar puede decirse de varios de los análisis de las luchas por los derechos civiles en los años previos.<sup>40</sup> Estos trabajos demuestran los beneficios de vincular el estudio del contexto social, político y económico en que surgieron estos movimientos con temas como género, raza, creación artística e industrias culturales para mejor entender la “revolución cultural” de los años sesenta, usando la expresión del historiador británico Eric Hobsbawm.<sup>41</sup>

Existen también numerosos análisis interesantes del contexto latinoamericano. Un buen ejemplo es el estudio del historiador estadounidense Eric Zolov que discute que la difusión de una serie de expresiones de la cultura popular norteamericana en los años cincuenta simplemente impregnara la escena política mexicana con sus valores de consumismo comercial y frenara formas de resistencia y lucha de tono progresista.<sup>42</sup> El autor busca de este modo discutir los enfoques reduccionistas que sim-

<sup>40</sup> Sobre las movilizaciones estudiantiles, véanse por ejemplo Gitlin, Todd, *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage*, Nueva York, Bantam Books, 1993, y Rossinow, Douglas C., *The Politics of Authenticity: Liberalism, Christianity, and the New Left in America*, Nueva York, Columbia University Press, 1998. Sobre el movimiento por los derechos civiles, véase por ejemplo Evans, Sara, *Personal Politics: The Roots of Women's Liberation in the Civil Rights Movement and the New Left*, Nueva York, Vintage Books, 1980. Sobre diferentes aspectos de la contracultura de los años sesenta y setenta, véase por ejemplo Braunsten, P. y M. W. Doyle (eds.), *The American Counterculture of the 1960s and 1970s*, *op. cit.*

<sup>41</sup> Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo xx*, Barcelona, Editorial Crítica, 1995. Véase también “May 68”, en E. Hobsbawm, *Uncommon People: Resistance, Rebellion and Jazz*, Nueva York, The New Press, 1998.

<sup>42</sup> Zolov, Eric, *Refried Elvis: The Rise of the Mexican Counterculture*, Los Ángeles, University of California Press, 1999.

plifican la idea de “imperialismo cultural” e ignoran el impacto liberador que las nuevas formas culturales pueden tener incluso si provienen de uno de los centros de poder dominantes en el mundo.<sup>43</sup> En su análisis de las relaciones entre la corriente musical conocida como La Onda y las movilizaciones estudiantiles de los sesenta, Zolov realza la capacidad de ambos movimientos para subvertir el ideal estabilizador del modelo de “familia revolucionaria” promovido desde el gobierno del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Sus reflexiones son útiles también para entender hasta qué punto el doble movimiento de cooptación y represión de las formas culturales juveniles por parte del aparato estatal, por un lado, y la exaltación del sacrificio de la izquierda política, por otro, despojaron al protagonismo generacional de los sesenta de su componente de fiesta y celebración, haciendo del episodio represivo conocido como “masacre de Tlatelolco” el mito esencial de la década en la memoria de los mexicanos.<sup>44</sup> También el análisis de los debates públicos sobre el movimiento estudiantil de ese país muestra que quienes se proclamaron “herederos del 68” no resaltaron inicialmente las profundas vinculaciones, que bien describe Zolov, entre rebeldía juvenil en el campo cultural y propuestas de cambio social y político, prefiriendo en cambio acentuar el aporte heroico de su generación al movimiento de oposición al dominio del PRI.<sup>45</sup>

El caso mexicano sugiere líneas de investigación semejantes para otros países donde tanto la brutal represión gubernamental como la exaltación de la resistencia de la izquierda pudieron haber tenido efectos similares sobre las relaciones entre protesta política y rebelión cultural. El Río de la Plata podría ofrecer ejemplos paradigmáticos en este sentido pero la mayoría de la literatura enfatiza el compromiso militante, la polarización social y la violencia política, sin relacionarlos en forma sistemática con la modificación de las costumbres y otros procesos de cambio cultural. También es posible reconocer un quiebre en la memoria social que impidió tender puentes entre los espacios de expresión de una pujante cultura juvenil que aparecieron en la década de 1980 y manifestaciones similares de los sesenta que parecen haber quedado ocultas bajo las repetidas imágenes de pasión revolucionaria y preeminencia de la actividad política que dominan el recuerdo de la década.

A primera vista parecería que el quiebre fue mucho más radical en Uruguay que en Argentina, donde la continuidad entre ambos momentos es

<sup>43</sup> Para una introducción a los debates sobre el “imperialismo cultural”, véase Tomlinson, John, *Cultural Imperialism: A Critical Introduction*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1993.

<sup>44</sup> Véase Zolov, E., *Refried Elvis*, op. cit., capítulo 4.

<sup>45</sup> Véase Markarian, V., “Treinta años de debates públicos sobre el movimiento estudiantil de 1968”, *Anuario de Espacios Urbanos 2001*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Azcapotzalco, 2001.



notoria tanto en las trayectorias de ciertos músicos y en los múltiples productos comerciales asociados al rock y otras formas culturales típicamente juveniles como en algunos trabajos más o menos académicos que sirven como antecedentes significativos de esta propuesta. En Argentina se han realizado, por ejemplo, varios análisis de los encuentros y desencuentros entre “vanguardia estética” y “vanguardia política” en los años sesenta y setenta, así como investigaciones sobre el campo intelectual universitario, el protagonismo generacional y los modos juveniles de esa época.<sup>46</sup> Existen, además, varios estudios sobre aspectos sociales y políticos en esos años que suelen incluir un reconocimiento explícito del protagonismo generacional que caracterizó al período.<sup>47</sup> Más allá de sus limitaciones, muchas veces relacionadas con una intención de divulgación de tono ensayístico o testimonial, todos estos trabajos comparten un interés por problematizar las relaciones entre cultura y política para comprender los movimientos de protesta y rebeldía que surgieron luego de la Revolución Cubana y que fueron en muchos casos brutalmente reprimidos por los gobiernos autoritarios de los años siguientes.

Esto contrasta con la producción relativa al caso uruguayo, donde no existen prácticamente investigaciones que aborden estos asuntos de forma sistemática. Es posible, sin embargo, señalar una serie de aportes donde esta temática aparece aunque sea de modo tangencial. Por un lado, existen varios enfoques dispersos sobre expresiones culturales, que incluyen las trayectorias de músicos populares y el desarrollo de nuevas formas musicales,<sup>48</sup>

<sup>46</sup> Los dos estudios básicos sobre cultura, intelectuales y política en los años sesenta en Argentina son, hasta el momento, Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, y Sigal, Silvia, *Intelectuales y política en Argentina: La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. El libro que mejor plantea la diversidad de asuntos que caracterizaron los cruces entre cultura y política en esa década es seguramente Oteiza, Enrique (ed.), *Cultura y política en los años 60*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, 1997. Allí aparecen varios artículos que plantean brevemente algunos temas centrales que luego serían desarrollados en libros como Giunta, Andrea, *Vanguardia, internacionalismo y política: Arte argentino en los años sesenta*, Buenos Aires, Paidós, 2001, y Longoni, Ana y Mariano Mestman, *Del Di Tella a Tucumán Arde: Vanguardia artística y política en el 68 argentino*, Buenos Aires, El Cielo Por Asalto, 2000. Por aproximaciones a la cultura juvenil de los años sesenta, véase Pujol, S., *La década rebelde: Los años 60 en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2002, y “Rebeldes y modernos”, *op. cit.* Para enfoques que incorporan la dimensión de género, véase Cosse, Isabella, Karina Felitti y Valeria Manzano (eds.), *Los 60 de otra manera: vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2010. El estudio más completo de las múltiples dimensiones de la aparición de la juventud como una categoría social y un actor político es el de Manzano, V., “The Making of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality”, 1956-1975, tesis de doctorado del Departamento de Historia de Indiana University, 2009.

<sup>47</sup> Véase por ejemplo Anguita, Eduardo y Martín Caparrós, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, 1966-1973*, Buenos Aires, Grupo Editor Norma, 1997.

<sup>48</sup> Véase De Alencar Pinto, Guilherme, *Razones locas. El paso de Eduardo Mатеo por la música uruguaya*, Montevideo, Ediciones del TUMP, 1995, y Peláez, Fernando, *De las Cuevas*



así como estudios relativos a las artes plásticas<sup>49</sup> y, finalmente, algunas reflexiones más generales sobre la cultura y la identidad juveniles surgidas al analizar aspectos de la vida privada en la segunda mitad del siglo xx.<sup>50</sup> Es llamativa la ausencia de exploraciones específicas sobre algunos de los temas centrales del cambio cultural de los años sesenta tales como la intención liberadora del cuerpo, la sexualidad y las búsquedas de emancipación de las mujeres.<sup>51</sup> También resulta sorprendente que no existan más intentos por comprender algunas manifestaciones de mayor carácter marginal vinculadas con la experimentación artística y psíquica como parte del mismo contexto social y político.<sup>52</sup> Tampoco los análisis hasta ahora disponibles acerca del movimiento estudiantil de 1968 incorporan esos asuntos más allá de la frecuente propensión testimonial de sus autores.<sup>53</sup>

Por otro lado, existe una producción bastante extensa pero todavía exploratoria sobre los grupos y partidos de izquierda en los años previos al golpe de Estado de 1973. Estos trabajos, que han aumentado exponencialmente desde la llegada de la izquierda al gobierno en 2004, no suelen traspasar el análisis estrictamente político e ideológico para indagar en sus relaciones con las diversas expresiones culturales de la época.<sup>54</sup> En casi ninguno aparece un interés sostenido por las posibles conexiones entre los procesos de renovación ideológica y política emprendidos por varios grupos de izquierda en este período y la adopción de nuevas pautas culturales que exaltaban el

---

*al Solís. Cronología del rock en el Uruguay, 1960-1975*, 2 vols., Montevideo, Perro Andaluz Ediciones, 2002-2004.

<sup>49</sup> Véase por ejemplo Peluffo, Gabriel, “Instituto General Electric de Montevideo: medios masivos, poder transnacional y arte contemporáneo”, en Oteiza, E. (ed.), *Cultura y política en los años 60*, op. cit.

<sup>50</sup> Véanse los artículos de Alicia Haber, Hugo Achugar, Vania Markarian, Esther Ruiz y Juana Paris en Barrán, J. P., G. Caetano y T. Porzecanski (dirs.), *Historias de la vida privada en el Uruguay. III. Individuo y soledades, 1920-1990*, Montevideo, Taurus, 1998.

<sup>51</sup> Existen algunos indicios de que esta situación está en vías de cambiar. Véase por ejemplo Sapriza, Gabriela, “Feminismo y revolución. Sobre el ‘infeliz matrimonio’, indagatoria sobre feminismos e izquierdas”, ponencia presentada en el encuentro de la Red Temática de Género, Universidad de la República, Montevideo, septiembre de 2006.

<sup>52</sup> Una excepción (parcial por su enfoque monográfico) es Alpini, Alfredo, “Juventud divino tesoro. El 68, los hachepientos y después”, monografía inédita de la Licenciatura en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, 1996.

<sup>53</sup> Véanse por ejemplo, Varela Petito, G., *El movimiento estudiantil de 1968: El IAVA, una recapitulación personal*, Montevideo, Trilce, 2002, y Cores, H., *El 68 uruguayo*, op. cit.

<sup>54</sup> Este asunto forma parte de los intereses de algunos autores, pero aparece apenas esbozado en la mayoría de los libros existentes. Véanse por ejemplo Caetano, G. et al., *La izquierda uruguaya*, op. cit.; Aldrighi, C., *La izquierda armada*, op. cit.; y Rey Tristán, E., *A la vuelta de la esquina*, op. cit. Hay algunas excepciones que intentan pensar las relaciones entre los grupos y partidos de izquierda y el campo de la cultura en sentido más o menos amplio. Véanse por ejemplo, Silva, Marisa, *Aquellos comunistas, 1955-1973*, Montevideo, Taurus, 2009, pp. 129-42, y López, Sara, “La cultura toma partido”, *Revista Encuentros*, N° 7, julio de 2001.

protagonismo generacional y de algún modo favorecerían la actitud de búsqueda y experimentación permanente. La bibliografía existente suele referir a esos procesos de renovación como el origen de la unificación de las fuerzas de izquierda y su crecimiento electoral y militante de comienzos de los años setenta, especialmente entre los jóvenes, al tiempo que menciona la participación juvenil que nutrió a los diversos grupos armados y de acción directa que surgieron simultáneamente en el país. Sin embargo, hasta el momento no existen exámenes sistemáticos sobre las formas de sociabilidad que caracterizaron a esos diversos grupos de jóvenes de izquierda en vinculación con las posiciones de las diferentes agrupaciones frente a la nueva problemática juvenil y su capacidad para integrar esas novedades a sus programas de cambio social y político.<sup>55</sup> Casi no se ha examinado, por ejemplo, hasta qué punto esas agrupaciones consideraron el potencial de los jóvenes como agentes del cambio revolucionario en una sociedad capitalista dependiente, en qué medida creyeron que el impulso de ruptura de las estructuras familiares tradicionales participaba de su propuesta de transformación social y si pensaron que la distensión de las costumbres sexuales podían contribuir a debilitar las estructuras de dominación. Este trabajo parte del análisis del movimiento estudiantil de 1968, para empezar a desbrozar en el caso uruguayo esas relaciones entre militancia política y cultura juvenil sobre las que reflexionaron las izquierdas de esa época en otras partes del mundo.

Estas aclaraciones preliminares, que partieron del contexto histórico general para terminar en un acercamiento a los vínculos entre juventud, política y cultura en el Uruguay de los sesenta, buscan precisar el alcance de este libro y ayudar en su lectura. Por lo tanto, aspiran también a dejar en claro algunas de las cosas que no se pretende hacer. En primer lugar, no se va encontrar acá una historia ordenada de las diferentes fracciones de la izquierda uruguaya.<sup>56</sup> Fragmentos de sus itinerarios irán apareciendo a medida que el relato las necesite para exponer mejor sus polémicas en torno a los temas que nos ocupan (al final del libro, un índice de nombres y grupos ayudará a reconstruir algunas peripecias). Esta característica de la estructura del texto, que no sigue trayectorias particulares sino en la medida en que contribuyen a entender el desarrollo del movimiento estudiantil, explica también

<sup>55</sup> En su libro sobre los Tupamaros, Aldrighi menciona algunos de estos aspectos (Aldrighi, C., *La izquierda armada, op. cit.*). Tanto M. Silva como Gerardo Leibner abordan las formas de sociabilidad de los jóvenes cercanos al Partido Comunista (Silva, M., *Aquellos comunistas, op. cit.*, y Leibner, G., “Las ideologías sociales de los revolucionarios uruguayos de los 60”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2007, disponible en <<http://nuevomundo.revues.org//index11682.html>>. Ruiz y Paris, por su parte, apuntan algunas particularidades de los militantes jóvenes en los años sesenta (Ruiz, E. y J. Paris, “Ser militante en los sesenta”, en Barrán, J. P., G. Caetano y T. Porzecanski (eds.), *Historias de la vida privada en el Uruguay, op. cit.*).

<sup>56</sup> Algunas de estas trayectorias pueden encontrarse en los textos mencionados en las dos notas anteriores.

que esos diferentes actores surjan tarde en el relato, solo después de que se presentaron las movilizaciones más importantes de 1968 y sus principales rasgos. Algo similar sucede con los acontecimientos internacionales, que van emergiendo solo en tanto formaron parte de las discusiones y decisiones que afectaron los ámbitos de militancia política y actividad cultural a los que iremos haciendo referencia. Vuelven a aparecer de modo sistemático recién en las conclusiones con el objetivo de plantear de modo más general las categorías que se vienen empleando para analizar fenómenos similares en otros contextos geográficos. Luego de estos descargos y explicaciones, solo resta desear que sirvan para armar una hoja de ruta y hagan más fácil el camino que ahora comienza.